

'Le Monde', en la crisis de los sesenta

Los 60 años de historia de *Le Monde*, recién cumplidos, no han podido ser más brillantes ni más complicados. Primer periódico de Francia, leído en las cancillerías de medio mundo (y en la España franquista, de lectura obligatoria entre la joven progresía emergente), sin embargo no ha sabido adaptarse a los tiempos que corren. Los síntomas: la pérdida de lectores, sobre todo jóvenes, y el reavivamiento de las disensiones internas.

OCTAVI MARTÍ

El pasado 18 de diciembre el diario *Le Monde* celebró su sesenta aniversario. Lo hizo en medio de una profunda crisis: dimisión del director de la Redacción Edwy Plenel, pérdida de lectores, disminución de los ingresos publicitarios, prestigio puesto en duda por *La face cachée du Monde* –libro de Philippe Cohen y Pierre Péan, del que se han vendido más de 400.000 ejemplares–, incapacidad para crear un grupo multimedia potente y mala adaptación a un contexto mediático-industrial cambiante. Sobre el papel, un aniversario desastroso pero... Pero la reali-

dad es mucho más compleja y nada lo explica mejor que la historia del propio diario, que no ha sido una convencional “marcha de victoria en victoria hasta la derrota final” sino un proceso de construcción y remodelación de una identidad salpicado de rupturas y consensos, riesgo y miedo, aventura y aburguesamiento, sin que cada una de las fases coincidiera siempre con su apariencia.

Le Monde es hijo de un momento excepcional. Francia ha puesto fin a cuatro años de ocupación alemana y lo ha hecho dando un gran protagonismo a la Resistencia interior, al pa-

Octavi Martí es corresponsal de *El País* en Francia.

pel legitimista desempeñado por el general De Gaulle desde Londres y con la ayuda fundamental de las tropas aliadas. Es de nuevo un país libre aunque los EEUU quisieran ponerlo bajo control provisional de su administración militar, equiparar Francia a Italia. De Gaulle y los comunistas lo han evitado y ahora hay que restaurar la libertad de prensa.

Las fuerzas de izquierda han sabido crear o recuperar sus periódicos pero los llamados ‘católicos sociales’, los liberales demócratas, la derecha en suma que ha sabido alejarse –desde un primer momento o simplemente a tiempo– del colaboracionismo con Pétain, quiere resucitar su viejo gran periódico, *Le Temps*, que se ha publicado hasta el 29 de noviembre de 1942, fecha en que decide, por propia voluntad, dejar de aparecer para que no pueda decirse que ha aprobado la colaboración con los nazis, el Servicio de Trabajo Obligatorio y, sobre todo, la deportación de miles de judíos. Demasiado tarde. Esos dos años, entre 1940 y 1942, son mortales para el que era considerado portavoz de la burguesía financiera e industrial. El resultado es que la sede de *Le Temps* en la Rue des Italiens es atribuida a un nuevo diario, que hereda también parte de la plantilla, la rotativa y otros bienes.

El nuevo cotidiano se llamará *Le Monde* y tendrá un comité de dirección formado por el gaullista Christian Funk-Brentano, el protestante y

liberal René Courtin y el ‘católico social’ Hubert Beuve-Méry. Este último era el único que tenía una buena experiencia profesional, precisamente como periodista en *Le Temps*, y eso le convirtió en director en la práctica, máxime cuando Courtin era profesor en la Facultad de Derecho y nunca quiso abandonar ese puesto, y Funk-Brentano prefería hacer política. El capital inicial, equivalente a 30.000 euros de hoy, queda repartido en manos de nueve personas, entre ellas la troika directiva.

‘Le Monde’, indispensable

¿Cómo se explica que nadie más se ofreciese como candidato para dirigir *Le Monde*? Sencillamente, porque la herencia era poco tentadora y los mejores profesionales no tenían ninguna dificultad para situarse en otros medios de comunicación más prestigiosos o con menos lastre político.

Sin embargo, toda esa prensa eufórica nacida a socaire de la Liberación irá desapareciendo o agotándose en fidelidades exteriores a la verdad informativa mientras que *Le Monde* se adaptará a la exigencia de “interés público” que Beuve-Méry defien de como única ideología. Lo prueba el que en 1948, durante la fiesta de celebración del cuarto aniversario de fundación del periódico, Beuve dijera en un discurso “Nos leen en el Vel’d’Hiv’ [velódromo de invierno] mientras esperan a De Gaulle y nos leen

en Charléty [estadio de un barrio popular de París] mientras esperan a Thorez... [dirigente del PCF]. *Le Monde* ha pasado a ser indispensable". El 13 de octubre de 1946, con motivo del referéndum sobre la nueva Constitución, *Le Monde* da un gran paso para ganarse la credibilidad de los lectores: el general De Gaulle, que ha concebido *Le Monde* como "el diario oficial, que no oficial, de la IV República", pide el *no* contra la citada Constitución.

El general detesta el sistema de partidos y sueña con un 'movimiento' que aglutine distintas tendencias, preservando el sueño unitario de la Resistencia, pero Francia y *Le Monde* prefieren volver a la realidad, a la institucionalización de las diferencias políticas. El *sí* ganó y De Gaulle comprendió que *Le Monde* no era su diario. En 1951 el rotativo conoce una crisis, que permite su refundación.

René Courtin lleva tiempo molesto con Beuve-Méry, pues cree que *Le Monde* ya no es el heraldo del mundo libre en Francia. La Guerra Fría y la guerra en Indochina son las nuevas piedras de toque de la redacción y esta es poco pro americana, según Courtin. "En el terreno diplomático la ac-

titud de *Le Monde* sólo puede desanimar a los EEUU y empujarles a abandonar Europa y Francia a la miseria, la desesperación y el bolchevismo", escribe Courtin en enero de 1950.

El anti-americanismo es, en efecto, un componente esencial de la 'excepción cultural' que constituye *Le Monde*. Para una gran parte de la izquierda el anti-americanismo se con-

Número 1 de *Le Monde*, aparecido el 19 de diciembre de 1944.



funde con la crítica del imperialismo y del capitalismo pero también encuentra respaldo entre la derecha y el nacionalismo estricto y su incipiente discurso sobre la necesidad de defender la cultura francesa. Los acuerdos Blum-Byrnes de 1946 sobre la libre circulación de los llamados 'bienes culturales' son muy criticados por la redacción del diario, que denuncia

la conversión de la cultura en una mercancía como cualquier otra.

En 1951 Courtin está a punto de ganar su golpe de Estado pero el gaullista Funk-Brentano, tras recibir instrucciones del general, cambia de aliados y abre la puerta a que Beuve-Méry y quienes le apoyan pongan en pie la Sociedad de Redactores con capacidad para bloquear nombramientos de nuevo director o modificaciones en el capital de la empresa.

De alguna manera, puede decirse que *Le Monde* pasa, en 1951, bajo el control de quienes lo fabrican. Y es en ese momento cuando se desencadenan los peores ataques: el 10 de mayo de 1952 el diario publica el Informe Fechteler, un supuesto documento secreto elaborado por un almirante estadounidense y en el que se explican las prioridades de la política de Defensa de los EEUU para todo el sur de Europa. Hoy se sabe con casi absoluta certeza que el ‘informe’ era un falso preparado por los servicios de información de los EEUU con el visto bueno francés. El espionaje certificaba así la importancia que iba adquiriendo el diario. El embrollo sirvió para poner en duda el ‘neutralismo’ de *Le Monde* que no quería asumir al 100% las tesis norteamericanas como tampoco el 100% de las soviéticas.

Esa equidistancia fue cuestionada por la extrema derecha, que aprovechó el caso del Informe Fechteler para denunciar el ‘prosovietismo’ de la

‘pretendida objetividad’ de un periódico que si para ellos es un submarino de Moscú, para los gaullistas lo es del demócratacristiano MRP y para los comunistas del gran capital. Esa campaña de desprestigio y de ataques desde todos los flancos desemboca, en 1956, en la creación de *Temps de Paris*, un nuevo diario promovido por Antoine Pinay –gran figura del MRP– destinado a “acabar con *Le Monde*” y que ha de conciliar intereses tan diversos como la ‘Argelia francesa’, el ‘Occidente cristiano’, la alianza con los EEUU y el inevitable anticomunismo, como si Pinay se hubiese creído las tesis defendidas por dos panfletos publicados en 1955 en los que Hubert Beuve-Méry es presentado como “el director pro soviético del *Monde* y el director de conciencia política de la prensa católica de gran tirada”. *Temps de Paris* cerrará tres meses después de su aparición. La aventura habrá costado el equivalente a 14 millones de euros de hoy.

“L'immonde”, según De Gaulle

Si durante la década de los cincuenta *Le Monde* resiste y se confirma como un diario de referencia a escala europea, es entre 1958 y 1962 cuando va a tener que sortear trampas ideológicas que hubieran podido acabar con él. El general De Gaulle, ante la crisis de la IV República y la incapacidad de ésta para dibujar una política coherente y clara respecto a

la guerra de Argelia, sale de la reserva en la que permanecía desde las legislativas de 1951 y ocupa la Presidencia. *Le Monde* le respalda en sus iniciativas descolonizadoras y también en su creación de una V República ante la crisis de un parlamentarismo que vive de espaldas a la realidad. Es un respaldo crítico y en 1962, cuando De Gaulle convoca un referéndum para que, a partir de

ahora, el presidente de la República sea elegido por sufragio universal, en vez de a través del voto parlamentario, *Le Monde* denuncia los “fermentos fascistoides” de un sistema que consagra “el general-presidente” y que consolida el “abismo entre el poder y la oposición, en detrimento de las formaciones centristas y en beneficio del Partido Comunista” escribía Sirius –seudónimo de

Beuve-Méry– en otoño de 1962 en un análisis contra el cual el tiempo aporta su desmentido. Desde 1959 y hasta 1969 Sirius le pone los puntos sobre las íes a un general que, cuando habla del diario, dice “ese papelucho” o “L'immonde”.

La euforia económica que conoce Francia derrama sus efectos benéficos sobre el diario, que aumenta re-

gularmente de tirada –113.000 ejemplares en 1952, 180.000 diez años más tarde y 351.000 en 1972– así como sus ingresos publicitarios que, en 1970, suponen el 73% de los ingresos totales del negocio. Durante la década de los sesenta *Le Monde* se consolida como el órgano de la izquierda liberal, no comunista pero tampoco anti, muy francés pero abierto al mundo.

El boletín de la columna inicial –la voz del Quai d’Orsay, según algunos– gozó de gran prestigio. Este, de agosto de 1945, analiza el ‘problema español’.



Como el propio general, *Le Monde* se siente a gusto en una sociedad que cambia más deprisa de lo que el político y el periódico piensan.

Mayo del 68 pilla a Beuve-Méry en África y, ya de regreso, le pregunta a sus redactores que “quiénes eran esos gamberros que han salido a la calle”. “Nuestros hijos” le responde una redacción muy aburguesada. En efecto,

el salario de Beuve-Méry en 1946 equivalía a 13 veces el salario de un operario industrial, en 1957 ya suponía un salario mínimo multiplicado por 19 mientras que en 1968 la multiplicación hay que hacerla por cuarenta. El problema parece ser irresoluble y en 1977 un redactor de *Le Monde* gana 130.000 francos anuales netos frente a los 111.000 de cualquier cuadro superior. En la empresa el salario medio duplica el salario medio francés y los obreros casi triplican el de sus colegas más cualificados en el sector industrial. La nómina de *Le Monde* ha ido creciendo bajo el visto bueno de una Sociedad de Redactores que arbitra siempre a favor del local, es decir, a favor de más y más ventajas y beneficios para el trabajador pero no quiere tener en cuenta las exigencias de modernización de su útil industrial.

Euforia de crecimiento

Los beneficios de la empresa se transforman en aumentos salariales dentro de una lógica que la Sociedad de Redactores ha institucionalizado al precisar que “el salario de los periodistas de *Le Monde* será superior al que rige en el mercado en la medida en que las finanzas del periódico lo permitan”. Y si los redactores se preocupan de lo suyo, ¿qué decir de los operarios de talleres? El proyecto social del llamado Sindicato del Libro, que en la práctica tiene el monopolio del empleo en los talleres de impresión

de París, consiste en “aumentar el número de puestos de trabajo fijos, aumentar los salarios y reducir las jornadas laborales”.

En 1968, víctimas de la euforia de 10 años de crecimiento continuado de los beneficios por encima del 15% se aborda el problema industrial de manera mecánica: “en la hipótesis de un crecimiento regular del 10% anual, la tirada será de 532.000 ejemplares en 1970 y de 863.000 en 1975”. La vieja rotativa, que apenas permitía 500.000 ejemplares de 32 páginas tras cinco horas de impresión, tiene que ser sustituida por maquinaria más potente y costosa, capaz de plantearse 600.000 ejemplares de 48 páginas o un millón a 32. La inversión requerida, en euros de hoy, equivale a 54 millones pero, desde 1970, las ventas se estancan y la publicidad también, situación que se agrava a partir de 1973 y el *shock* petrolero.

El 23 de diciembre de 1969 *Le Monde* aparece por primera vez con la mención “Fundador: Hubert Beuve-Méry; Director: Jacques Fauvet”. El mismo año en que De Gaulle ha dimitido, Sirius, su contradictor más riguroso y tenaz, abre la puerta al “relevo natural”, al redactor jefe, al hombre que llevaba más tiempo trabajando a su lado, a un Fauvet de formación democristiana pero que ahora se siente muy próximo del socialismo. Hoy es fácil decir que no era el hombre adecuado en el lugar adecuado y en el momento adecuado pe-

ro entonces lo pareció. En cualquier caso, no supo ni pudo conciliar los imperativos industriales con los editoriales, cerró los ojos ante los problemas que se acumulaban, confió en que la tirada seguiría aumentando pero se estancó y empezó a bajar en 1982, ligó un momento el destino del diario a la conquista del poder por parte de los socialistas y cuando éstos, en 1981, lo obtuvieron, se quedó sin objetivo, y por fin no logró que la formidable imprenta pasase a ser rentable pues apenas editó otra cosa que productos propios debido a las exigencias sindicales del taller.

Patrick Eveno, autor de una excelente historia del diario *-Histoire du journal Le Monde 1944-2004-*, escribe que “en 1976, tras 20 años de crecimiento, *Le Monde* vende 440.000 ejemplares diarios, emplea 1.260 personas y cuenta con un prestigio nacional e internacional importante pero ha perdido toda capacidad de desarrollo y autofinanciación. El activo inscrito en el balance se estanca desde 1972 y el margen comercial ha quedado reducido a cero. *Le Monde* comienza así un período de crisis de 20 años”. El diagnóstico no puede ser más claro pero

casi nunca la evidencia de la amenaza nos lleva a la razón: Fauvet quiere organizar su sucesión pero esa depende de la aprobación de la Sociedad de Redactores.

Las luchas internas entre candidatos se suceden pero en mayo de 1980 Claude Julien, quien desde 1973 dirigía *Le Monde Diplomatique* y tiene un bien labrado prestigio de hombre

Hasta el 11-S nunca una foto figuró en la parte superior de las portadas de *Le Monde*.



atento a los problemas del llamado Tercer Mundo, obtiene finalmente *fumata bianca* de parte de los distintos poderes que se enfrentan en el interior del diario. A Julien sólo le queda esperar que Fauvet acelere el traspaso de poderes pero no lo hace. El resultado es que Julien, sin ser aún director, asume responsabilidades y recibe el fuego graneado de todos sus

rivales. Harto y quemado vuelve al *Monde Diplomatique*. En febrero de 1982 Fauvet dimite al fin y le sucede André Laurens que detecta “una crisis de lectores porque nuestros contenidos son cuestionados en tanto que percibidos como próximos al poder”. Para Laurens lo peor es que el retroceso en las ventas se da sobre todo “entre los jóvenes y las categorías socioprofesionales elevadas, que es donde reclutamos nuestros lectores”.

Querellas intestinas

Laurens quiere poner en marcha un suplemento ilustrado de fin de semana, manera de ganar lectores y publicidad. Las reticencias internas impiden que vea el día *Le Monde Illustré*, que topa con el prejuicio jansenista del diario en contra de las fotos –no será hasta los atentados del 11 de septiembre de 2001 cuando la foto tendrá el privilegio de la parte alta de la primera página de *Le Monde*– y en contra de los temas estimados poco ‘nobles’, es decir, cuestiones relacionadas con la moda, las formas artísticas populares, los sucesos y todo lo relacionado con el universo *people*.

El drama es que, a finales de 1983, la deuda de *Le Monde* equivale ya a 31 millones de euros y, durante los tres últimos años, ha perdido el 20% de sus lectores. Hay que reaccionar de prisa pero el equilibrio de poderes en el seno de la empresa decide que es urgente... esperar.

Entre las otras vías estudiadas por Laurens figura el poner en venta la sede de la Rue des Italiens, solución que le es denegada por los empleados y los redactores del diario, así como la de presentar una suspensión de pagos para poder renegociar la deuda con los acreedores. Para acabar de situar a Laurens en un callejón sin salida, el principal banco con el que trabaja el diario, la BNP, decide no respaldar a Laurens y negarse a pagar los salarios de los trabajadores. El entonces presidente de la BNP, René Thomas, es un hombre muy próximo a Mitterrand y su gesto sólo puede interpretarse como un castigo a Laurens por sus esfuerzos por alejarse de la satelización del poder, esfuerzos que se traducen en esos momentos en artículos y reportajes de dos periodistas detestados por el palacio del Elíseo: Claude Sarraute y Edwy Plenel.

A André Fontaine, que dirigirá el diario entre 1985 y 1990, se le autoriza a una ampliación de capital a base de ceder partes del mismo a una Sociedad de Lectores y otras a inversores e instituciones consideradas amigas del diario. Fontaine, que en tres oportunidades estuvo a punto de ser elegido director, lo es pues en situación de bancarrota y él se ocupa de vender la Rue des Italiens y el taller de impresión en Saint Denis, que es reemplazado por otro en Ivry.

En diciembre de 1990, por primera vez en su historia, es elegido director de *Le Monde* una personalidad ex-

terna a la redacción y al periodismo, Jacques Lesourne, un economista prestigioso miembro de la Sociedad de Lectores. La ampliación de capital efectuada entre 1985 y 1986, al dar voz y voto a empresarios e inversores, ha permitido lo inimaginable, acabando con parte de los privilegios de una Sociedad de Redactores que, cada vez que había que buscarle un sucesor a Beuve-Méry, se lanzaba a inacabables batallas internas que desembocan en una crisis de 20 años.

Lesourne llega al tiempo que una caída importante de los ingresos en concepto de publicidad, que si en 1990 sólo representan el 40% de los ingresos, en 1993 apenas significan un ridículo 22%. En todo ese tiempo no logra tampoco establecer un plan de relanzamiento para el periódico y, en vísperas de celebrar su cincuentenario, *Le Monde* arrastra una deuda colosal causada por inversiones desmesuradas, mala administración de los períodos de vacas gordas e imprevisión ante la reducción del pastel publicitario. La cabecera, eso sí, sigue teniendo gran valor y son muchos los empresarios que piensan poder comprársela. Los redactores, aparcadas por una vez sus

querellas intestinas, provocan la dimisión de Lesourne y eligen a Jean-Marie Colombani a principios de 1994. Las riendas de *Le Monde* están de nuevo en las manos de un periodista.

Entre 1994 y 2004 Jean-Marie Colombani ha modernizado el diario en su diseño y recursos –más fotografía, mayor importancia de la caricatura,

El suplemento *Le Monde 2* no ha atraído a los lectores y anunciantes que se esperaba.



irrupción de temas populares en el sumario (deportes, moda, sucesos, etc.), importancia de la infografía – pero, sobre todo, lo ha reorientado privilegiando la investigación y denuncia en detrimento de la opinión, que ha quedado más circunscrita a sus páginas específicas. Eso no significa que *Le Monde* haya renunciado a ser un diario de ‘tiempo lento’, de análisis, pe-

ro sí que se presenta bajo una forma más combativa. Los grandes escándalos del final del mitterrandismo, de la gestión municipal del ayuntamiento de París por parte de Chirac, las guerras internas de las distintas familias de la derecha alimentan las páginas de un *Monde* que recupera lectores y anunciantes. Si en 1994 la difusión era de 343.000 ejemplares, en 2003 sobrepasa los 398.000.

El éxito de Jean-Marie Colombani, al que no es ajeno Plenel como director de la Redacción, la reencontrada vitalidad de *Le Monde* no podía dejar de suscitar enemigos. El ya citado libro de Cohen y Péan, al margen de cualquier consideración sobre su calidad, fue acogido en 2003 con gran expectación porque en su subtítulo –“del contrapoder al abuso de poder”– estaba expresado el porcentaje de desilusión que acompañaba la renovación.

En *La face cachée du Monde* se hacen públicos los salarios astronómicos del equipo directivo, en abierta contradicción con la ética oficial imperante en el diario y, sobre todo, con la austeridad necesaria en momentos difíciles; se constata que el amiguismo es la norma en algunas secciones a la hora de abordar temas o autores; se prueba que el tono suficiente y profesoral de ciertos artículos apenas oculta un grado cero del pensamiento; queda claro que no siempre se ha sabido evitar la pasión periodística por mirarse el ombligo y que eso ha

ido en detrimento de una adecuada jerarquización de las informaciones y, por último, –y eso Pierre Péan y Philippe Cohen no lo dicen– Colombani, al lanzar ataques a diestra y siniestra, quizá no previó hasta qué punto el brazo de ciertos poderosos puede ser largo, pues si un lector de *Le Monde* tiene todo un viaje en avión para leerse un sesudo artículo de fondo, un presidente de la República tiene siete –ahora cinco– años de mandato por delante, amén de la impunidad judicial ratificada por el Constitucional, para vengarse de quienes le desacreditan.

En qué medida Péan y Cohen han sido los títeres de esa venganza chiraquiiana es imposible decirlo, de la misma manera que es imposible calcular el daño causado por Péan y Cohen a la imagen del diario y el cómo este daño ha podido ayudar a que, una vez más, *Le Monde* se equivocara –o acertase solo a medias– en su confección del suplemento semanal *Le Monde 2*, incapaz por ahora de atraer anuncios y lectores en el porcentaje deseado.

De lo que no cabe la menor duda es de que *Le Monde* ha entrado de nuevo en crisis, que los viejos demonios del enfrentamiento interno se han reactivado y que una vez más se comprueba aquello tan viejo en el mundo del periodismo: una reputación de credibilidad se construye a lo largo de muchos años pero puede ser destruida en unas pocas semanas. ❖